

HOMILÍA

Solemnidad de Todos los Santos. Ciclo C

Apoc. 7, 2-4.9-14

a. Contexto

Estamos celebrando nuestra santidad, lo que somos en camino, no nuestros niveles morales, de cumplimiento, o lo que debemos ser: ésta es la fiesta de todos los santos, de nuestro ser, nuestro deber ser, en principio.

Para ello, elegimos un texto estimulante: el Apocalipsis. Es un libro que ejerce ciertamente atracción: el lector oye la voz de Dios que le lleva a una experiencia religiosa, se siente superado por el lenguaje de símbolos.

La invitación a buscar en el Apocalipsis respuesta a interrogantes vitales ha sido constante en la historia. En nuestra época muchos juegan con sus frases y sus números para explicarlo todo.

Quieren aclarar de modo aritmético, por un destino ciego o por azar del juego de Dios, las claves de la vida, qué honda paradoja, casi siempre están en manos del hombre, no fuera, aunque dentro del plan de Dios.

Hasta los Padres de la Iglesia sintieron respeto por desentrañar el sentido encerrado en este Libro del Nuevo Testamento, al que, desde luego, hay que acercarse con inteligencia, sin abundar en fantasías colaterales. Éstas sólo distraen del mensaje de Dios incluido en él. El autor del Apocalipsis, creyente, genial (pocas veces mejor dicho) escribe, bajo la inspiración del Espíritu, para iluminar la vida y la fe de los cristianos.

Estamos a finales del siglo I, hablando de la intervención de Cristo en la historia, que éste es el mensaje clave del Apocalipsis. No se trata del Evangelista o Apóstol Juan, sino que se da un claro caso de pseudonimia.

Con ello se quiere honrar la autoridad del Apóstol San Juan, bajo cuya guía se coloca el autor. Lo que más llama la atención en este libro es la cantidad de visiones simbólicas que encierra.

Conviene adelantar que se trata de un género literario relativamente usual en la antigüedad, que lleva por nombre precisamente ése: apocalipsis, o sea, manifestación de algo.

Sin embargo, en el fondo de este libro se encierra un hondo sentido de la historia a la luz de Dios, muy lejos de las fantasías ideológicas o elucubraciones mentales que adornaban el género en la época.

Aquí hay género literario apocalíptico de forma, pero mensaje optimista de salvación para la historia y para el mundo, en Cristo, de fondo: en eso radica lo específico del Apocalipsis de San Juan, en el Nuevo Testamento.

Es un libro de Iglesia: real, metido en la historia, en la vida, lleno del mensaje de Jesús, del Cristo Resucitado mejor, aunque con maneras literarias simbólicas al máximo: las propias del género literario utilizado.

Cristo ha cambiado el curso de la historia y del tiempo, los llena de sentido. Por eso, el autor no encuentra mejor lenguaje que éste para superar las categorías mundanas al uso: el símbolo es el mejor instrumento.

¿Qué símbolos? De cuatro tipos:

- Símbolos del mundo: se indica la presencia del Dios trascendente en la historia;
- Símbolos del mundo animal: las fuerzas humanas, grandes, inmensas, sometidas al poder de Dios;
- Símbolos numéricos: para expresar la calidad de algo, por su cantidad: el 7 y sus múltiplos son la perfección, por ejemplo.
- Símbolos de colores: lo blanco es el mundo de Dios; el rojo, la violencia.

¿Qué hacer ante estos símbolos? Es mejor dejarse imbuir por este universo, para leerlo desde dentro con esas claves, y extraer la visión teológica, sin olvidar la situación de la Iglesia y de la persona que lee.

b. Texto

Dentro de la unidad de la obra, aparecen dos grandes partes: la primera, las Cartas a las siete Iglesias (Apc 2-3); la segunda, el resto del libro (Apoc.4-22), además del prólogo.

Es que formamos parte del cortejo de los salvados delante de Dios, somos invitados a mirar la vida en un momento de análisis crítico, donde la voz del Señor se refiere a la malicia a la tibieza de la vida de los creyentes.

Además, el misterio de Cristo, la aparición del Cordero (lenguaje apocalíptico) hace presente la vida de Dios en la historia: de ahí la llamada a superar las crisis de la vida y del mundo desde Cristo resucitado.

En esta clave, el número de los salvados del texto actual, así como la multitud de los ante el trono de Dios reflejan la realidad de los creyentes y de los pueblos que aceptan la salvación prometida por Dios en Abrahán.

De la tierra cuadrada, con los cuatro ángeles que sujetan los cuatro vientos puede deducirse que el ángel del oriente quiere preservar a los señalados como salvados en el bautismo, en número de perfección bíblica.

Los cristianos ya estamos en situación de salvación desde la fe en Cristo. Por eso hoy es nuestra fiesta, y la de los que ya están 'ante el trono' (los que viven después de la muerte en el reino de Dios).

c. Para la vida

Hoy es día para avivar la fe en la Providencia divina, que es capaz de enderezar las situaciones que a los hombres nos parecen imposibles. Y no lo hace Dios automáticamente, sustituyendo al hombre. Lo hace apoyándolo desde la gracia, para que en el misterio de Dios descubra la dimensión de plenitud que encierran nuestras vidas, dimensión que se nos escapa con frecuencia.

Los males no son eliminados por arte de magia. Todos los creyentes vivimos en este mundo y la presencia de Dios en Cristo, respetuosa de la autonomía personal y colectiva (cf. Get. Sp.1-4) alienta nuestra existencia.

Hay en el Apocalipsis himnos litúrgicos que invitan a meditar sosegadamente en la presencia de Dios: así aprende el cristiano con ojo crítico y confianza en Cristo, a vivir en el mundo con gratitud.

Así se aprende el amor universal y concreto, y la independencia de las cosas, o sea, en humanismo cristiano. Ese humanismo, glorificado, es el objeto de nuestra fiesta de hoy: todos los Santos.

Estamos en el mundo del ser, mucho más que en el de las normas concretas morales de comportamiento.

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

antoniotojas.sdb@gmail.com